la inteligencia y el alma las prácticas y las enseñanzas del santuario. Quedaron, pues, los instintos primeros en los que tuvo orígen el politeismo: una necesidad de religion universal y vaga que todo lo aceptaba, que todo lo revolvia y confundia, dominando necesariamente en tal confusion las tendencias primitivas del politeismo, esto es, el culto de la naturaleza y las nociones panteísticas que la MITOLOGÍA y la filosofía griega pensaron haber encadenado.

Así, pues, á pesar de aquella general ruina, el politeismo se mantenía vivo como en sus mejores dias; si mostraba ya muy deslucidas las heróicas tradiciones homéricas, las graciosas fábulas helénicas y las más graves de la antigua Italia, subsistía aún bajo otras formas, y en el gabinete del filósofo con el nombre de destino, en los palacios con el de César, en los templos entre los variados ritos propios y extraños, en los misterios degenerados, en los símbolos impuros, el padre de la mentira, segun expresion del apóstol, el inspirador de la idolatría era festejado y adorado. Saya era la potestad política al igual que la majestad religiosa, y nunca aquella potestad se había mostrado tan infernal por sus vicios, tan temida por su fuerza, tan colosal por la extension de su imperio. Reinaba la idolatría, y el Dios uno, inteligente, inmaterial, era como nunca desconocido por el mayor número de los hombres.

Esto fué el paganismo en los postreros siglos de Roma: incapaz, así por sus fábulas como por su filosofía, de enseñar, guiar y mejorar el linaje humano, y sin embargo, arraigado muy profundamente por sus mismos vicios en la vida de los pueblos.

Como el antiguo fervor religioso y las puras costumbres que eran del mismo consecuencia fueron la base de los triunfos de Grecia primero y de Roma despues, de su gran esplendor y del inmenso poderío de la reina del Lacio, asimismo el cuadro que hemos bosquejado, el general descreimiento y la universal corrupcion explican y presentan como hechos naturales y lógicos en la gran escena de la historia el vencimiento de las ciudades griegas, los postreros raquíticos dias de la gran república, la elevacion de César y la horrible y vergonzosa tiranía de muchos de sus sucesores, que tal es el necesario y repugnante camino que se abre siempre para los pueblos descreidos.

CAPÍTULO III.

Extraordinaria expectacion del mundo.—Pronósticos y profecías.—*Egloga* IV de Virgilio.—Enmudecen los oráculos.—Nacimiento del Salvador del mundo.—El cristianismo naciente.—San Pedro y san Pablo en Roma.—Incendio de la ciudad.—Primeros mártires.—*Insania crucis*.—Persecuciones.—Martirio de san Ignacio.—Ultimo combate.—Guerra entre Constantino y Maxencio.—Vision del Lábaro.—Constantino invoca la proteccion del Dios de los cristianos.—Batalla del puente Milvio.—Triunfo y conversion de Constantino.—Edicto de Milan.—Inmensa alegría del mundo cristiano.

En medio de esta degradacion y de esta decrepitud grandes temores y tambien grandes esperanzas agitaban á la humanidad. Contestes están los autores y monumentos todos de la época en decirnos que si la sociedad no había de hundirse en el caos de su vergüenza y de sus crímenes era preciso que la salvase extraordinario y portentoso suceso.

Opinion general es y acreditada que las promesas y las esperanzas de la redencion, en forma más ó ménos vaga, no fueron ajenas del todo al paganismo. Desde ántes de la época de Augusto no era sólo el pueblo de Israel el que aguardaba al Mesías, y al nacer aquel príncipe en la entónces oscura familia Octavia, pronósticos en gran número anunciaron, dice Suetonio, que la naturaleza había de parir entre dolores á un rey del linaje humano. Por ciudades y aldeas corrían oráculos atribuidos á la sibila de Cumas; el prudente Octavio, segun hemos dicho ántes de ahora, dispuso que en número de muchos miles fuesen entregados al fuego, pero sábese que tales profecías anunciaban la regeneracion del mundo á poco despues de haber acaecido la ruina de las ciudades etruscas.

Singulares y extraordinarias ansias, los monumentos de la época unánimes lo atestiguan, acompañados de una vaga é inmensa esperanza, agitaban á Oriente y Occidente. Destruidas por Roma las varias nacionalidades que constituían el mundo civilizado, presentíase un nuevo órden de cosas que la ciencia humana no acertaba á explicar al paso que las tradiciones del universo, los oráculos de la Sibila, las profecías del judaismo anunciaban á los hombres ser llegada la hora de un supremo acontecimiento.

El mundo se hallaba como en afanosa espectacion; el Oriente de un confin á otro confin creía estar tocando á la regeneracion esperada; la fatídica Etruria, moribunda al impulso de la rigurosa mano de Sila, reconocía en esta señal tremenda que su gran siglo iba á espirar, y que los hombres pisaban los umbrales de nuevas edades. Dormidas hasta entónces las naciones en sombras de muerte preséntanse de pronto excitadas por las ansias de la duda, por mil risueños ó pavorosos fantasmas evocados por el temor y la esperanza. Profecías en verso y en prosa, circulaban de Oriente á Occidente y de Occidente á Oriente; cada pueblo tenía la suya, llevando el sello distintivo de su creencia religiosa y de su genio poético, y la miraba como la clave de aquel porvenir sin nombre hacia el cual gravitaban todas las cosas. Para

Roma y Grecia, amamantadas en halagüeñas fábulas, preparábase la resurreccion de la edad de oro y un segundo reinado del buen Saturno, con paz perpetua y universal inocencia; para otros pueblos occidentales lo que venía era el fin del mundo, y había quien saludaba ya la aurora de un año celeste, cuyos grandes meses iban á empezar. En Oriente reinaban distintos temores, distintas esperanzas; pero ¡armonía singular, formada por tanta disonancia! todas las profecías, todas las tradiciones anunciaban al mundo el advenimiento de un rey que había de congregar á las naciones todas bajo su cetro y cerrar para siempre el templo de la guerra. Y esa general tradicion y esa ansiedad de las gentes, beneficiadas por el espíritu de mentira, explican los extravíos y las imposturas que hemos referido en el capítulo anterior: falsas predicciones, falsas divinidades; alteraciones, imitacion todas de las verdaderas profecías y del verdadero Dios.

Virgilio se hizo eco de esas universales creencias, y en versos involuntariamente inspirados, más verídicos de lo que él mismo pensaría, cantó la próxima regeneracion del mundo. En su Égloga IV, dedicada á su protector y amigo Cayo Asinio Polion, gobernador que fué por Julio César de la España ulterior; en aquella famosa poesía que dió lugar, sobre todo en la Edad media, á piadosas interpretaciones y leyendas, tuvo Virgilio como un feliz presentimiento del milagroso suceso anunciado al pueblo de Israel en más graves y precisos términos.

«Ya llega, dice, la última edad anunciada en los versos de la sibila de Cumas; ya comienza una nueva série de grandes siglos. Ya vuelven la vírgen Astrea y los tiempos en que reinó Saturno; ya una nueva raza desciende del alto cielo. Tú ¡oh casta Lucina! favorece al recien nacido infante, con el cual concluirá la edad de hierro y empezará en todo el mundo la de oro. El reinado de tu Apolo ya ha comenzado. Bajo tu consulado ¡oh Polion! tendrá principio esta gloriosa edad y empezarán á correr los grandes meses; mandando tú desaparecerán los vestigios, si aún quedan, de nuestra antigua maldad, y la tierra se verá libre de sus perpetuos terrores.

»Este niño recibirá la vida de los dioses, con los cuales verá confundidos á los héroes; entre ellos le verán todos á él, y regirá el orbe, sosegado por las virtudes de su padre. Para tí ¡oh niño! producirá en primicias la tierra inculta hiedras trepadoras, nardos y colocasias, hermanadas con el risueño acanto. Por sí solas volverán las cabras al redil, llenas las ubres de leche, y no temerán los rebaños á los corpulentos leones. De tu cuna brotarán hermosas flores; desparecerán las serpientes y las falaces hierbas ponzoñosas; por do quiera nacerá el amomo asirio, y cuando llegues á edad de leer las alabanzas de los héroes y los altos hechos de tu padre y de conocer lo que es la virtud, poco á poco amarillearán los campos con las blandas espigas, rojos racimos penderán de los incultos zarzales y las duras encinas destilarán rocío de miel.

»Todavía quedarán, sin embargo, algunos rastros de la antigua maldad, y por ellos movido el hombre provocará, fiado en una nave, las iras de Tetis, ceñirá las ciudades con muros, y abrirá surcos en la tierra. Otro Tifis habrá y otra nave Argos que llevará escogidos héroes; otras guerras habrá tambien, y por segunda vez caerá sobre Troya un terrible Aquiles. Mas luego, llegado que seas á la edad viril, el nauta abandonará la mar y cesarán en su tráfico las naves; todo terreno producirá todas las cosas, la tierra no consentirá el arado, la vid rechazará la podadera, y el labrador desuncirá del yugo los bueyes. No se teñirá la lana con colores mentidos: por sí mismo el carnero en los prados mudará su vellon ya en suave púrpura, ya en amarilla gualda, y con solo pastar la hierba se vestirán los corderillos de escarlata.

»¡Corred, siglos venturosos! dijeron á sus husos las Parcas, acordes con el incontrastable númen de los Hados. Ya es llegado el tiempo; crece para estos grandes honores ¡oh cara estirpe de los dioses! ¡oh glorioso vástago de Júpiter! Mira como oscila el mundo sobre su inclinado eje y como las tierras y los espacios del mar y el elevado cielo y todas las cosas se regocijan con la idea del siglo que va á venir. ¡Ojalá me alcance el último término de la vida y me quede aliento para pregonar tus altos hechos! No me vencerán en el canto el tracio Orfeo, ni Lino, áun cuando asistan á éste su padre y á aquél su madre, á Orfeo Calíope y el hermoso Apolo á Lino. Si el mismo Pan compitiese conmigo siendo juez la Arcadia, el mismo Pan se declararía vencido delante de la Arcadia.

»Empieza ¡oh tierno niño! á conocer á tu madre por su sonrisa; diez meses te llevó en su vientre con grave afan; empieza ¡oh tierno niño! El hijo que no ha alcanzado la sonrisa de sus padres no es admitido á la mesa de los dioses ni en el lecho de las diosas [1].» (VIRGILIO).

El mundo, ciego como siempre, hizo aplicacion de esas predicciones á todo, al dios Julio César, al divino Augusto, á Neron, á Vespasiano, á Tito, á todos los tiranos ántes que al Hijo del hombre, Jesucristo Salvador nuestro.

Pero téngase en cuenta la inmensa revolucion que en ménos de dos siglos había cambiado la faz del mundo civilizado. En efecto, un pueblo por largo tiempo ignorado había reunido en sus manos la herencia de cuantas gentes habían reinado sobre los hijos de los hombres. Por su valor, por su piedad, por sus virtudes, por el favor divino que éstas le atrajeron, Roma había llegado á ser como la cabeza del humano linaje en el preciso

[1] El sentido de los cuatro últimos versos es por demas dudoso, seguramente por alteracion del texto.

instante en que, segun queda dicho, creíanse los hombres llamados á nuevos y magníficos destinos. Roma, poderosa por su virtud, rica en gloria, heredera de tantas civilizaciones; Roma, que se complacía en proclamar que á los dioses, no á ella, eran debidos sus triunfos ¿por qué no había de ser, dijeron muchos, el libertador prometido y esperado por espacio de tantos siglos?

Así por un momento lo creyó el mundo, y por un momento esperó de un César ó de un Augusto, de los esforzados hijos de Rómulo, la regeneracion prometida. Hasta los Judíos, ménos excusables porque tenían mayores luces, miraron en Julio César primero y despues en Neron y luego en Vespasiano cuando no era más que general de Roma, el Mesías que para aquel siglo les tenían anunciado sus profetas.

Ya emperador, en Vespasiano, que cerró por un tiempo la era de las guerras civiles, se cifraron las esperanzas del mundo romano. Contra su voluntad, á pesar de sus hábitos ruines, de su carácter poco elevado, de sus antecedentes comunes, de la vulgar expresion de su semblante, hallóse Vespasiano rodeado de divina aureola. Y no fué, dice Champagny, una apoteósis oficial dispuesta y decretada como las demas, sino que los pueblos por lo general creyeron en la divinidad de su mision.

FIG 723.—Vespasiano.

FIG. 724.—Tito.

El judío Josefo la bendijo lo mismo que los oráculos paganos y el pitagórico Apolonio, y confirmáronla las extraordinarias curaciones que al emperador se atribuyeron en Alejandría, habiendo tenido esa teurgia considerable parte en la fortuna á que alcanzó el príncipe que sin duda fué entre todos el más práctico, como ahora se diría, y el ménos mitológico.

Pero la decepcion hubo de ser tan corta como amarga. Aquella parte del humano linaje que creyera en la fortuna y la virtud de Roma ¿cómo no había de abismarse otra vez en angustiosa tristeza al mirar, en el apogeo del poderío y del triunfo, desvanecerse aquella virtud, trocarse en ignominia la gloria y dar aquel gran valor por único fruto la tiranía de Neron y de otros monstruos semejantes.

En estos temores y esperanzas vió el mundo pagano transcurrir con exceso el grande año de la Sibila; la Etruria lloraba sin consuelo por sus ciudades hacía tiempo destruidas; casi un siglo había pasado desde que fué anunciado á Tiberio en misteriosos términos que el gran Pan había muerto [1], y sin embargo, no se había presentado un dios nuevo, no había asombrado al mundo ninguna revelacion estruendosa y estupenda, á lo ménos para aquellos que, esperando la cuna radiante de gloria que vaticinara Virgilio, no se habían dignado volver los ojos á las pajas y al pesebre de Belen. En vez de ser gobernados por el hijo de un dios, habíanlo sido por un Tiberio, un Calígula, un Claudio y un Neron.

Entónces la sociedad pagana, ya lo hemos visto, prestando oido á todos los rumores, dando crédito á todas las falsedades, ofreció el espectáculo que hemos explicado en el capítulo anterior al relatar las imposturas que la cautivaron por más ó ménos tiempo y en mayor ó menor espacio, remedos, falsificaciones del gran modelo que, como todas, descubrían su vicioso orígen por su inferioridad y por lo posterior de la fecha.

[1] Véase tomo I, pág. 325.

Y sin embargo, era evidente que una modificacion profunda, por más que escondida, se estaba verificando en la sociedad; el mundo, cual bajel que durante la noche muda de rumbo sin que lo adviertan los dormidos tripulantes, había emprendido nuevos derroteros. La unidad romana, de tan desastrosos comienzos, parecía hallar de cada dia en region á ella agena y fuera de la atmósfera en que hasta entónces viviera, refuerzos y auxilios que le permitían abrir á las almas horizontes más dilatados, á la humanidad conocimiento más claro y distinto de ella misma.

La misericordia ganaba terreno en todas las esferas del gobierno; suavizábase la dura ley de la familia lo mismo que la de la esclavitud, horrible base de la sociedad pagana, y (cosa en verdad maravillosa é inaudita) los poderosos empezaban á pensar en los pobres, que estuvieran ántes aún más abandonados que los esclavos en cuanto no tenían dueño que de ellos cuidara, y cuyo número aumentaba considerablemente á proporcion que las repetidas emancipaciones disminuían el de los esclavos.

Y coincidiendo con esto, el politeismo, señor del mundo y triunfante y envanecido como nunca, recibía, vaticinándole su próxima ruina, avisos que no comprendía: los misterios dejaban de serlo y enmudecían los oráculos, no por alejamiento de los pueblos ni tampoco por temor ú hostilidad de los príncipes, sino porque la inspiracion se había extinguido. Hacía algunos años, al establecerse el imperio, que la Pitonisa de Delfos sólo daba raras y vacilantes respuestas; en la época de Augusto, Júpiter Amnon, al que consultara Alejandro, estaba abandonado en solitarios arenales; poco á poco iban quedando desiertos ó silenciosos los oráculos de Grecia, y alarmado el paganismo procuraba inquirir la causa que había alejado de aquellos sitios el espíritu de sus divinidades.—La culpa, decía el vulgo, tiénenla los príncipes, por los cuales ha sido la Pitonisa amordazada. —Todo con el tiempo se aniquila, decían algunos con pretension de sabios; el vapor inspirativo ha perdido su fuerza, y el antro de Delfos no tiene ya en el grado que ántes sus proféticas exhalaciones.—De esta singular manera de excusar á los dioses se burló Ciceron con estas palabras:

«No parece sino que se trata de un vino cuyo aroma se ha evaporado ó de una salazon picada.»

Plutarco á su vez quiere explicar el hecho y dice:

«Los *demonios* que á los oráculos inspiran son espíritus trashumantes, y transcurridos que son algunos siglos dejan una comarca por otra. Así ha sucedido con el demonio de Trofonio y con el de Estagira.»

Los oráculos del paganismo enmudecían, y este singular hecho de la vida exterior, palpable, singular, era considerado por Griegos y Romanos como una calamidad nacional. En ellos había ejercido el paganismo influjo sobrenatural; allí sus dioses, no sólo oían, sino que hablaban. Delfos, Dodona, Prenesta, Claros, el antro de Trofonio habían sido los grandes focos de la supersticion greco-romana, el objeto de las peregrinaciones, el verdadero centro de la política, la causa ó el pretexto de las guerras sagradas, la múltiple Jerusalen de aquella múltiple religion. Y no ha de atribuirse tampoco su mudez al descrédito con que algunos filósofos quisieron envolverlos, pues aunque Ciceron, impugnador de la teurgia pagana, se había burlado de las suertes de Prenesta y de la Pitonisa de Delfos; aunque Estrabon, como tantos otros epicúreos ó cínicos, los había hecho objeto de sus ataques, entre ellos y su filosofía y el pueblo y su supersticion mediaba un abismo. Tan fanático el pueblo como fuera siempre en la época antigua, quería ídolos, quería dioses, quería fábulas, misterios y oráculos. No era que faltase la fé en los oráculos; eran los oráculos los que faltaban á la fé.

Hecho es este acreditado históricamente como el que más pueda estarlo: Ciceron atestiguó ya en su tiempo la decadencia de Delfos; Estrabon vióla aún más pronunciada y Lucano la deploró en sentidas frases. En la época de Plutarco gran número de oráculos quedaban reducidos al silencio; una peste había bastado para que desapareciera el de Tiresias en Orcomeno; una causa semejante había sellado los labios á los dioses que profetizaban en Cilicia. La Beocia, donde brotaba ántes abundante la inspiracion fatídica, permanecía muda; en en Zelcia y Adrastea, al querer variar de lugar al dios, perdióse en el camino la potestad augural. La famosa Pitonisa de Delfos había quedado sola en vez de tener como ántes una sacerdotisa que profetizase á su lado. En lugar de hablar en verso, se valía de la prosa en sus respuestas, y de la prosa más llana que imaginar se puede.—*Eres tonto.—Véte á paseo.—Déjame en paz,* —esto en romance vulgar llegaron los oráculos á contestar en los últimos tiempos á sus atribulados devotos, segun inscripciones que hasta nosotros han llegado.

Para el pueblo, repetimos, eran aquel decaimiento y aquel silencio una inmensa desgracia; para el paganismo de ciertas escuelas, que podemos llamar ilustrado, una terrible impugnacion de sus sistemas. Lucano, á pesar de vivir en tiempo de Neron, califica el silencio de Delfos del mayor infortunio de su época, y por los mismos años, reunidos en aquel santuario el padre de Plutarco y sus piadosos compañeros, inclinaban la frente acongojados al recordar su oscurecida gloria; con tristeza preguntábanse á sí propios cómo era posible que de aquel modo se desvaneciesen los oráculos, y pareciales que, privado de la luz que le mostraba lo futuro, habia el mundo de perderse entre tinieblas.

¿Cómo explicaban un hecho para ellos tan doloroso? Los unos, ya lo hemos visto, apelaban para lograrlo á la física:

«Existe en el mundo, decían, una potestad de adivinamiento que puede afectar al cuerpo humano, un soplo, ó fluido fatídico, que sólo y por el aire, ó mezclado con una sustancia líquida, puede penetrar en nuestro cuerpo colocando así á nuestra alma en situacion anormal é insólita. Ahora bien, del mismo modo que hay ejemplos de haberse secado un lago, de haberse enfriado una fuente termal, ó agotado una mina, así el fatídico manantial puede haberse perdido por quedar el soplo de adivinacion neutralizado por abundantes lluvias, cegado por un terremoto ó abrasado por un rayo.»

«No, decían otros parafraseando la explicacion de Plutarco; la teoría de los demonios da razon de este fenómeno como la da de todos. Los oráculos son obra de los demonios, no de los dioses, y como los demonios son mortales, el del oráculo quizas haya muerto; como no están fijos en un lugar, quizas haya partido.»

Esto alegaban aquellos eruditos y afligidos paganos; otros no ménos sabios, pero no tan afligidos, abandonaban furiosos la causa de los oráculos: despues de haber sido su juguete, se revolvían airados contra ellos. Diogemano, contemporáneo de Plutarco, los atacó frente á frente; Enomao, que vivió en la época de Adriano, á causa de haber sido inducido á error por sus respuestas juró vengarse de los dioses, y con el título de *Las imposturas descubiertas* escribió un libro satírico y popular contra las consultas fatídicas. En las angustias del destierro recurrió Dion á la Pitonisa de Delfos para saber de ella la mejor conducta que le tocaba seguir, y como recibiese insustancial respuesta, quedó para siempre curado de su aficion á los oráculos.

«¿Crees acaso que el dios ha de hablarte en lengua dórica ó ática? dijo á un hombre que deseaba consultarlos. Pues no siendo así, ¿cómo vas á entender el idioma en que te conteste? ¿Ignoras que, segun dijo Homero, el lenguaje de los dioses en nada se parece al de los hombres? ¿Cómo no sabes que Layo, Tiresias y otros muchos perecieron por haber comprendido mal el sentido de un oráculo? Créeme, ántes de consultar al oráculo trata de adquirir la sabiduría; cuando la poseas no necesitarás de la consulta.»

Pero más grave aún que esos ataques de los incrédulos era que los dioses mismos confesaban su derrota, pues aquellos oráculos que no habían enmudecido por completo, las más de las veces sólo hablaban para declararse vencidos.

«En otro tiempo, decía el Apolo de Delfos, los oráculos brotaron de la tierra á centenares; pero la tierra se ha abierto otra vez y los ha absorbido en su seno. Para la potestad fatídica ha llegado la vejez con sus canas y achaques, y á su influjo la voz de Febo se ha debilitado.»

Tales son las respuestas que nos ha conservado Porfiro, y á continuacion añade:

«El demonio que preside á los oráculos, dista mucho de saberlo todo, y en aquello que ignora no vacila ante la mentira. Puede suceder tambien que, sin existir de parte del dios propósito deliberado de mentir, falsee sus oráculos la atmósfera especial que le rodea, tanto que él mismo ha llegado á decir que si se le obliga á contestar se verá obligado á mentir. Cierto dia en que Apolo se encontraba en atmósfera incompatible con la verdad, respondió:

»—No me hagas fuerza con tus preces, ó sino te responderé falsedades.»

Ahora bien la atmósfera incompatible con los oráculos se difundía más y más en cuanto los oráculos enmudecían uno á uno, y en ella quedaba sofocado el dios y sofocados sus sacerdotes. Refiere Plutarco que cierto dia negábase la Pitonisa á profetizar, mostrándose rebelde á la inspiracion fatídica; sin atender á sus protestas, fué llevada al templo á viva fuerza; pero llegada allá su voz sólo pronunció inarticulados sonidos, en tanto que la infeliz se agitaba como nave azotada por la tempestad, luchando, pero luchando en vano contra el espíritu malo y mudo que la dominaba. Quiso por último huir, y precipitóse hacia la puerta dando espantosos alaridos; el concurso reunido para consultarla se dispersó poseido de terror, y lo mismo hicieron los servidores del templo y el profeta Nicander. Cuando al cabo de algun tiempo volvieron, hallaron á la Pitonisa exánime en el suelo; levantáronla, y aunque recobró el sentido, espiró á poco entre horribles convulsiones y espantoso delirio.

Tambien la potestad fatídica del paganismo, tambien la teurgia pagana espiraba, convulsa y sofocada por la nueva atmósfera que de cada dia más y más la rodeaba.

Como la idolatría, se extinguía y moría al influjo de una revolucion sobrehumana: á los antiguos dioses sucedía un Dios hasta aquel dia ignorado; á la MITOLOGÍA, á la religion antigua, una religion nueva, y á sus divinos resplandores era debida la inusitada claridad que hemos visto brillar en el pensamiento humano.

El Cristianismo, en efecto, había nacido, y predicado ya en muchas ciudades y conocido en todas las provincias, contaba por millares sus discípulos y sus mártires. Y sin embargo, el mundo apénas lo sabía. El mundo, dice Champagny, no quería tomarse el trabajo de recoger los destellos que de la verdad se hallaban esparcidos en la tradicion popular ó en las doctrinas de los filósofos; el mundo se negaba á prestar oido á la profética voz de los siglos que unánimes le anunciaban para aquella era renovacion inmensa; el mundo no escuchó á Platon cuando le habló de la llegada de aquel que es fuente y orígen de toda filosofía y de toda ciencia, ni á Virgilio, cuando, eco de los antiguos oráculos é involuntario profeta, ofrecía á sus nietos, segun expresion del Dante, la antorcha que á él no llegó á alumbrarle. Resistíase el mundo á tomar en cuenta los síntomas que pronosticaban á la idolatría próximo é inminente peligro, y no trataba de averiguar si la revolucion profetizada se estaba quizas realizando en aquellos momentos entre sombras y á su lado. El mundo

romano pasaba su decrepitud entre el deleite y la supersticion cuando no en el olvido de toda creencia; ricos y sabios, príncipes y filósofos, saciados de placeres, durmiéronse como siempre en sus lechos de púrpura aquella feliz noche de diciembre del año 754 de Roma en que el prometido Emanuel nació en humilde pesebre y en que los pastores de una pobre aldea judía recibieron la *buena nueva* y oyeron angélico cántico que decía: ¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

Transcurridos algunos años, en los confines del desierto de Arabia, á poca distancia del Éufrates y de las fronteras del imperio, en un distrito de la provincia de Siria, en una comarca sin navegacion y sin comercio, de contínuo expuesta á las desastrosas algaradas de los Árabes, muy distante de las grandes ciudades, de los focos de luz que se llamaban Roma, Alejandría y Atenas, apartada del camino que seguían las legiones y de las ideas que difundía el poderío romano, presentáronse algunos Judíos predicando una nueva doctrina, una religion nueva. No eran ciertamente Judíos de Alejandría, de aquellos que hablaban el griego, leían las obras de los filósofos y vivían en comunicacion íntima con la sociedad; tampoco eran doctores de la ley ni pertenecían á la clase de aquellos Judíos fariseos que llevaban la voz de la ciencia hebráica; los nuevos apóstoles eran naturales de Galilea, provincia tenida en muy poco por la gente de Jerusalen, hablaban un particular dialecto, y en sus escritos prodigaban los barbarismos; pertenecían, en una palabra, á aquella plebe sin filosofía tan desdeñada por la sabiduría helénica. Ni habían leido á Platon, ni puede decirse que hubiesen formado caudal de cuanto se había pensado y escrito en Grecia, en Roma y en Ásia hacía tres siglos; la herencia científica del espíritu humano casi no había llegado hasta ellos, y sólo contaban con las lecciones y con la inspiracion del Maestro. El pescador Simon, el publicano Mateo, unos pobres bateleros del lago de Genezaret eran los propagadores de la nueva doctrina.

¿En qué consistía ésta? Primeramente y ante todo, en vez de la carencia de dogmas que caracterizaba á las antiguas mitologías y con la que tan bien se avenía la flojedad del espíritu humano, pues permitía á la inteligencia todas las contradicciones, á la fantasía todos los extravíos, al corazon todas las supersticiones y toda clase de excesos á las pasiones, la nueva doctrina formulaba un dogma preciso, absoluto, universal, que exigía la adhesion de la inteligencia, la sumision de la razon y la obediencia de la voluntad. Para contrastar la idolatría proclamaba el principio de la unidad divina; en oposicion al panteismo filosófico ó popular establecía la espiritualidad de Dios y la individualidad humana; contra los Epicúreos exigía la fé en la Providencia y en un juicio futuro; contra los ateos, los incrédulos y los indiferentes sentaba la necesidad del culto; la pureza del mismo contra las infinitas supersticiones de los hombres, y todo esto formulado con una precision, con una claridad y un rigor de que no había ejemplo en el mundo pagano. De éste exigían los nuevos apóstoles que, despojándose en la esfera moral del lujo, del deleite, de la disolucion, en todas partes presentes, en todas partes adorados y llevados en todas partes hasta el último exceso, se abrazase no sólo con la templanza, con la sobriedad y la castidad, sino tambien con la pobreza, con el dolor, con la tribulacion, hasta el olvido y el sacrificio de la propia existencia. Y en fin, en la esfera social queríase sustituir al reinado del egoismo y de la crueldad que convertía al hombre como esclavo, como pobre y como súbdito en patrimonio por otros hombres beneficiado, el imperio de la caridad, que debía hacer del señor el amigo del esclavo, del rico el administrador de los bienes del pobre, del príncipe el servidor de su pueblo. Era aquella doctrina, en una palabra, la más opuesta, en punto á teología, á la falta de creencias y á la idolatría del siglo; en punto á culto, á sus supersticiones; en materia de deberes, á sus hábitos; en cuanto á filosofía, á la incertidumbre y vaguedad de sus ideas.

Y como si no fuese esto bastante aquellos hombres no van diciendo en secreto y uno á uno sus singulares paradojas, ni se dirigen para que fructifiquen á mujercillas ó á espíritus débiles, siempre á la zaga de alguna cosa nueva, sino que las dicen y proclaman desde las gradas del templo á los Judíos de todo el mundo, llegados á Jerusalen para celebrar la Pascua, y en las sinagogas de Ásia, de Grecia y de Egipto á los Hebreos de aquellas tierras, lo mismo que desde tribunas para otros usos destinadas á la Grecia gentílica y madre del politeismo y de la filosofía. Con sus discursos esparcen el asombro en los foros, en las basílicas, en las asambleas populares, en los tribunales de los pretores; sin miedo y con temeridad no vista predican en Atenas, en Éfeso y á poco en la misma Roma, y realizan lo que no se atrevieron á intentar Pitágoras, Sócrates, Platon ni otro filósofo antiguo; la verdad que ellos saben dícenla, no á iniciados solamente, sino á todo el mundo.

Y esta verdad anonadó los errores paganos, que habían preparado la muerte de las sociedades que los acogieron en su seno. Las teologías paganas, ya lo hemos dicho, no contenían sino una parte más ó ménos grande de verdades, mezcladas con innumerables errores, y las sociedades paganas no duraron sino lo que duraron en ellas las verdades que les daban fuerza y vida: al prevalecer los errores contrarios á estas verdades, y en Grecia y Roma bien sabemos si habían prevalecido, las sociedades paganas se hundieron en la nada junto con sus falsos dioses; la destruccion de su teología fué para ellas la señal de muerte.

«Roma sucumbió, ha dicho un ilustre escritor, porque sus dioses sucumbieron; su imperio acabó por-

Espasa y Comp.ª Madrid

EL CASTIGO DE ARACNEA

Cuadro de L. Jordan, existente en el Escorial

que acabó su teología. De esta manera la historia viene á poner como de relieve el gran principio que está en lo más hondo del abismo de la conciencia humana.

»Roma había dado al mundo sus césares y sus dioses. Júpiter y César Augusto se habían dividido entre sí el grande imperio de las cosas humanas y divinas. El sol que había visto levantarse y caer ajigantados imperios, no había visto ninguno, desde el dia de su creacion, de tan augusta majestad y de tan extraordinaria grandeza. Todas las gentes habían recibido su yugo; hasta las más ásperas y agrestes habían doblado sus cervices; el mundo había depuesto las armas, la tierra guardaba silencio.

»Por aquel tiempo nació en humilde establo, de padres humildes, un niño prodigioso en la tierra de los prodigios. Decíase de él que al tiempo de aparecer entre los hombres había brillado una nueva estrella en el cielo; que apénas nacido, había sido adorado de pastores y de reyes; que espíritus angélicos habían hablado á los hombres y habían cruzado por los aires; que su nombre incomunicable y misterioso había sido pronunciado en el principio del mundo; que los patriarcas habían aguardado su venida; que los profetas habían anunciado su reino, y que hasta las sibilas habían cantado sus victorias. Estos extraños rumores habían llegado hasta los oidos de los servidores del César, y de aquí un vago terror y sobresalto en sus pechos. Ese sobresalto y ese vago terror pasaron, sin embargo, muy pronto cuando vieron que los dias y las noches proseguían como siempre su perpetua rotacion y que el sol seguía iluminando como ántes el horizonte romano. Y dijeron para sí los gobernadores imperiales:

»—El César es inmortal, y los rumores que oimos fueron rumores de gente asustadiza y ociosa.

»Y así pasaron treinta años: contra las preocupaciones del vulgo hay un remedio eficaz: el desprecio y el olvido.

»Pero véase aquí que, pasados treinta años, la gente descontentadiza y ociosa vuelve á buscar en nuevos y más extraños rumores un nuevo alimento á sus ocios. El Niño se había hecho hombre, al decir de las gentes; al recibir en su cabeza las aguas del Jordan había venido sobre él un espíritu en figura de paloma, se habían rasgado los cielos y había resonado una voz clamando en las alturas:

»—Este es mi Hijo muy querido.

»Entre tanto el que le bautizó, hombre austero y sombrío, habitante de los desiertos y aborrecedor del género humano, clamaba á las gentes sin cesar:

»—Haced penitencia.

»Y señalando con el dedo al Niño hecho hombre, daba este testimonio de él:

»—Este es el cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

»Que en todo esto había una farsa de mal género, representada por farsantes de mala especie, era cosa que para todos los *espíritus fuertes* de aquella edad no ofrecía ningun género de duda.

»—El pueblo judío, decían, fué siempre muy dado á sortilegios y supersticiones: en las edades pasadas, y cuando volvía sus ojos oscurecidos con el llanto hacia su abandonado templo y hacia su patria perdida, esclavo del babilonio, un gran conquistador, anunciado por los profetas, le había redimido del cautiverio y le había devuelto á un tiempo mismo su templo y su patria.

»No era, pues, cosa extraña, sino ántes muy natural, que aguardara una nueva redencion y un nuevo libertador que quebrantara para siempre en su cerviz la dura cadena de Roma.

»Si no hubiera habido más que esto, *las gentes despreocupadas y entendidas* de aquella edad hubieran dejado caer probablemente estos rumores, como hicieron con los pasados, hasta que el tiempo, ese gran ministro de la razon humana, los hubiera desvanecido por los aires; pero no sé qué hado funesto dispuso de otra manera las cosas, porque sucedió que Jesus (éste era el nombre de la persona de quien se contaban tan grandes prodigios) comenzó á enseñar una nueva doctrina y á obrar obras espantables. Su audacia ó su locura llegó á punto de llamar hipócritas y soberbios á los soberbios é hipócritas y blanqueados sepulcros á los que eran sepulcros blanqueados. La dureza de sus entrañas fué tan grande que aconsejó á los pobres la paciencia y escarneciéndolos despues celebró su buena ventura. Para vengarse de los ricos que le tuvieron siempre en ménos les dijo:

»—Sed misericordiosos.

»Condenó la fornicacion y el adulterio, y comió el pan de los fornicadores y adúlteros. Desdeñó, tan grande era su envidia, á los doctores y á los sabios, y conversó, tan ruines eran sus pensamientos, con gentes rudas y groseras. Fué tan extremado en el orgullo que se llamó señor de las tierras, de los mares y de los cielos; fué tan consumado en las artes de la hipocresía que lavó los piés á unos pobres pescadores; á pesar de su austeridad estudiada dijo que su doctrina era amor; condenó el trabajo en Marta y santificó el ocio en María; estuvo en relaciones secretas con los espíritus infernales, y por precio de su alma recibió el don de los milagros. Las turbas le seguían y le adoraban las muchedumbres.

»Como se vé, á pesar de su buena voluntad, no podían permanecer por más tiempo impasibles los guardadores de las cosas santas y de las prerogativas imperiales, responsables como eran por razon de sus oficios de la majestad de la religion y de la paz del imperio. Lo que les movió principalmente á salir de su reposo fué el aviso que tuvieron de que, por una parte una grande multitud de gentes había estado á punto de proclamarle

rey de los Judíos, y por otra, se había llamado á sí mismo Hijo de Dios y había intentado apartar á los pueblos del pago de los tributos.

»El que tales cosas había dicho y el que tales obras había obrado era necesario que muriera *por el pueblo*. Faltaba sólo justificar estos cargos y aclarar debidamente estos puntos. Por lo tocante á los tributos, como fuese preguntado sobre el particular, dió aquella célebre respuesta con que desconcertó á los curiosos, diciéndoles:

»—Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César;—que fué tanto como decir:

»—Os dejo vuestro César y os quito vuestro Júpiter.

»Preguntado por Pilatos y por el gran sacerdote ratificó su dicho, afirmando de sí que era el Hijo de Dios; pero que no era de este mundo su reino. Entónces dijo Caifás:

»—Este hombre es culpable y debe morir.

»Y Pilatos al reves:

»—Dejad libre á este hombre, porque es inocente.

»Caifás, gran sacerdote, miraba la cuestion bajo el punto de vista religioso. Pilatos, hombre lego, miraba la cuestion bajo el punto de vista político. Pilatos no podía comprender qué tenía que ver el estado con la religion, César con Júpiter, la política con la teología. Caifás, por el contrario, pensaba que una nueva religion trastornaría el Estado, que un nuevo dios destronaría al César, y que la cuestion política iba envuelta en la cuestion teológica. La muchedumbre pensaba instintivamente como Caifás, y en sus roncos bramidos llamaba á Pilatos enemigo de Tiberio. La cuestion quedó en este estado por entónces.

»Pilatos, tipo inmortal de los jueces corrompidos, sacrificó el Justo al miedo y entregó á Jesus á las furias populares, y creyó purificar su conciencia lavándose las manos. El Hijo de Dios subió á la cruz lleno de vilipendios y ludibrios: allí se levantaron contra él con sus manos y con sus bocas los ricos y los pobres, los hipócritas y los soberbios, los sacerdotes y los sabios, las mujeres de mala vida y los hombres de mala conciencia, los adúlteros y los fornicadores. El Hijo espiró en la cruz pidiendo por sus verdugos y encomendando su espíritu á su Padre.

»Todo entró por un momento en reposo; pero despues viéronse cosas que aún no habían visto los ojos de los hombres: la abominacion de la desolacion en el templo; las matronas de Sion maldiciendo su fecundidad; los sepulcros hendidos; Jerusalen sin gente, sus muros por el suelo, su pueblo disperso por el mundo; el mundo en armas; las águilas de Roma dando al aire míseros alaridos; Roma sin césares y sin dioses; las ciudades despobladas y poblados los desiertos; por gobernadores de las naciones, hombres que no saben leer vestidos de pieles; muchedumbres obedeciendo á la voz de aquel que dijo en el Jordan:—Haced penitencia,—y á la voz de aquel otro que dijo:—El que quiera ser perfecto, que deje todas las cosas, que tome su cruz y me siga;—y los reyes adorando la cruz, y la cruz levantada en todas partes.

»¿Por qué tan grandes mudanzas y trastornos? ¿Por qué tan grande desolacion y tan universal cataclismo? ¿Qué significa eso? ¿Qué sucede? Nada: que unos nuevos teólogos andan anunciando una nueva teología por el mundo.» (Donoso Cortés).

Esa nueva teología era el Cristianismo, y los nuevos teólogos, conforme queda dicho, la habían anunciado por Oriente y Grecia y contaban ya con gran número de discípulos cuando en el año segundo del reinado de Claudio (42 de nuestra era), un pobre judío llamado Simon, al que sus hermanos daban el nombre de Cefas, que significa *piedra*, llegó á Roma. Que existían ya allí cristianos cosa es que se tiene por segura, así por insinuar san Lúcas que entre los neófitos que acudieron á Jerusalen para la fiesta de Pentecostés se contaban peregrinos hebreos de la capital del imperio, como por ser la actividad y los contínuos viajes de los hijos de Jacob hechos que resultan de toda su historia, y si la mayoría de los Judíos, en Roma lo mismo que en todo el mundo, rechazaban la mision divina de Jesús de Nazaret, es probable que tambien allí tuviese representantes la minoría que la reconocía y acataba. Por el historiador Filon se sabe que la colonia hebrea de Roma había merecido de Augusto tolerancia y especial benevolencia hasta el punto de consentir en que ocupara gran parte de la region transtiberina y que en ella ejerciera el culto mosáico con libertad completa.

Fiel á la línea de conducta que siguieran constantemente los predicadores del Evangelio, comenzaría Pedro por los Judíos su apostolado en Roma, y por esto establecería su primera residencia en el cuartel de los Judíos. En una de las colinas del Janículo la iglesia de San Pedro *in Montorio* señala todavía el sitio de la casa que le sirvió de morada. Las relaciones que tuviera el Apóstol en Cesárea con Cornelio, centurion de la cohorte itálica, lleváronle en breve al Viminal, que era el barrio aristocrático de Roma; fué allí huésped del senador Cornelio Pudens, y de este modo comenzaría la nueva doctrina á penetrar y á adquirir discípulos en las altas clases de la sociedad romana.

Ha sido hasta hace poco doctrina admitida y explotada por los adversarios de la fé cristiana, que la clase social á que dirigieron los apóstoles su predicacion era la más apartada y distante de lo que se llama civilizacion antigua, turba grosera ávida, más que los magnates del poder y de la inteligencia, de imposturas y supersticiones. Los hechos, empero, han venido á desmentir esa teoría y las consecuencias que de la misma han querido deducirse: los descubrimientos arqueológicos acreditan hasta la evidencia que el Cristianismo, ya desde sus principios, contó en sus filas á lo más escogido de la sociedad culta y por lo mismo á lo mejor del patriciado romano. Este, al quedar triunfante la democracia cesarista, habíase dividido, portándose sus miembros de muy distinta manera respecto de la situacion creada: el mayor número, por efecto de la flaqueza que engendra siempre la corrupcion de costumbres, lo aceptó y sancionó todo; unos pocos, conforme hemos visto, trataron de oponer á la tiranía de los césares el muro del estoicismo; pero sucumbieron en breve sin dejar de su esfuerzo el menor rastro. Otra minoría, reclutada entre los descendientes de las familias más ilustres, se aficionó á la nueva doctrina; educada en la abnegacion, amamantada en todas las glorias, conoció desde los primeros años la grandeza y santidad de Cristo, cuyo nombre reveló en Roma el judío Pedro.

Cinco años permaneció éste en la capital del mundo hasta que, alborotado con su predicacion el barrio transtiberino y llegando á comprometer el público sosiego las contiendas entabladas entre los Hebreos que admitían la nueva doctrina y aquéllos que la rechazaban, un edicto del emperador Claudio los expulsó de la ciudad á todos. Pedro hubo de seguir la suerte comun y volvió á Oriente llevando consigo la fortuna de Roma.

Ocho años despues, muerto ya Claudio, vemos á Pedro recorrer varias comarcas de Occidente, entre las que monumentos más ó ménos auténticos cuentan Italia, las Galias, la Gran Bretaña, España y la costa africana; otra vez tomó el camino de Roma y allí fué testigo de las grandes conquistas que hiciera el Cristianismo en la ciudad por él llamada nueva Babilonia. A ella había llegado á principios del año 56, custodiado por un centurion, un judío de Tarsis, ciudadano romano, hombre instruido en las ciencias hebráicas; llamábase Saulo, y las naciones gentílicas le daban el nombre latino de Paulo ó Pablo; acusado por sus compatriotas de Jerusalen ante el gobernador de Siria, usó de su derecho de ciudadanía y apeló al César.

En vez de aguardar encarcelado la vista de su causa Pablo, á lo que se cree por recomendaciones del centurion Julio que le acompañara, pudo alojarse y correr por la ciudad sin más obligacion que permanecer dia y noche en compañía de un soldado con el cual, segun costumbre de la época, le unía una cadena que si le impedía fugarse, le dejaba libre en sus acciones. Así pasó dos años en incesante predicacion, con la que hizo prosélitos hasta en la servidumbre imperial, y transcurrido aquel tiempo, á fines del año 57, compareció ante el pretorio, donde su elocuente palabra, como anteriormente en presencia del Areópago de Atenas, supo hallar acentos dignos de su causa. El Apóstol quedó absuelto y en libertad completa; créese que vino á España y que desde esta tierra pasó de nuevo á Oriente.

Así, pues, el Cristianismo crecía y florecía en Roma y en las provincias, sin que hasta aquel momento hubiese la política atajado sus progresos; el único obstáculo que se le oponía y con el cual luchaba era la impopularidad, y por Tácito sabemos que pesaba sobre los cristianos, ya en tiempo de Neron, el odio del género humano. Las sangrientas y absurdas calumnias que contra ellos fueron despues propaladas y creidas no se habían inventado todavía, pero ya un instinto suscitado por el enemigo de Dios y de los hombres hacía mirar con encono la doctrina que era llamada *supersticion extranjera* por un pueblo que las había admitido y practicado todas, hasta las más repugnantes, y con cruel y obstinada insania rechazaba el mundo á ciudadanos que, enemigos de la ostentacion y aparato, sólo deseaban pasar desapercibidos, al tiempo que cumplían con escrupulosidad los deberes privados y las obligaciones sociales. Las instigaciones de los Judíos entraban por mucho en esa aversion, ya que al mirar los progresos que entre los gentiles alcanzaba la nueva doctrina, el odio que por ella sentían se hacía de cada vez más implacable y más profundo. El dia en que el paganismo había de apelar á la violencia para derribar á su reciente adversario, estaba próximo.

Entre las monstruosas orgías del reinado de Neron, en el mes de julio del año 64, horroroso incendio se declaró en Roma. Suetonio y Dion acusan de él al emperador, deseoso de reconstruir la ciudad á su gusto; Tácito es ménos explícito sobre el caso, pero sea ello verdadero ó falso, es lo cierto que Neron, que se hallaba en Antium, corrió á la ciudad luego de llegar á él la triste nueva, y que su probada aficion á los grandiosos espectáculos y á la poesía en accion se complugo al contemplar la tremenda catástrofe. Dueñas las llamas de la ciudad serpenteaban voraces por las tortuosas calles, ondulaban de colina en colina, y precipitaban al enrojecido Tiber los sobrepuestos y desiguales pisos del inmenso caserío. Colocado Neron en lo alto del Esquilino, llegaban á sus oidos los confusos clamores de las víctimas, las amenazas de los incendiarios que gritaban:

«—No nos detengais; cumplimos lo que se nos ha mandado.»

El emperador podia ver al asustado gentío que huía llevando consigo muertos y heridos y buscaba refugio en el campo de Agrippa entre estatuas y sepulcros. A la vista del triste espectáculo no tuvo el tirano más idea que la de la nueva y espléndida ciudad que había de reemplazar á la antigua, y esto hizo que al extinguirse el incendio, á los seis dias, sin haber concluido del todo la obra destructora, dispusiera que Tigelino, su amigo y prefecto del pretorio, de nuevo lo encendiese para durar otros tres dias; que despues mandase derribar con catapultas y arietes los paredones que quedaban en pié y que le estorbaban para la obra de su proyectado palacio, y que dado á tales pensamientos, vestido de comediante cantase en lo alto de la torre de Mecenas los versos que tenía compuestos sobre el incendio de Troya.

Pero concluida que fué la gran catástrofe estallaron